



POCETOS FEMENINOS

LA MUJER BELLA

Por TAO LAO

La belleza no existe sino como representación de espíritu; aparentemente puede una forma ocultar en sí misma el alma o espíritu que la anima, pero el misterio de la atracción se realiza subconscientemente por aquel soplo divino que la recorre; ya sea forma tallada en blanco mármol, o rosado y palpitante mármol femenino.

El hombre exige, ha exigido siempre, una belleza que represente más o menos alma, conforme a que hubiere en él mayor o menor evolución espiritual.

Así entendido, o así sentido, la preocupación constante de la mujer ha sido la belleza.

Ella es en parte su dote; en la competencia de ser a ser, lucha al fin de la especie por alcanzar su complemento, la mujer necesita de la belleza—su arma primitiva.

Pero hay gradaciones:

Las mujeres en los tiempos en que el espíritu humano no exigía mucho, eran bellas corporalmente y eso bastaba.

Su belleza, representación de un espíritu que ni comprendían ni pesaban, bastaba a satisfacer los anhelos estéticos del medio ambiente.

Llevaban, por decirlo así, un alma subconsciente diluida en la forma bella, y su atracción emanaba de lo exterior, de lo visual.

Pero, donde quiera que la marea humana, como las altas puntas de las olas sobre el nivel del mar, elevó y pulló espiritualmente una sociedad, las mujeres se vieron obligadas, aun en los pasados tiempos, a acompañar su belleza corporal con la belleza espiritual, y a transformar aquel espíritu inconsciente, en formas intelectuales y conscientes.

En los días nuestros la materia humana está gastada, pulida, roída, pero refinada.

En todo hay poca tensión.

Así pues, la belleza corporal pura, puede atraer un momento, pero falta la fuerza instintiva que retenga y fije esa atracción.

La mujer bella no está en bancarrota, pero sí es ya aventajada por la espiritual.

Siempre le quedará a la mujer de belleza puramente corporal un amplio radio de acción, pues no todos los espíritus alcanzan el mismo grado de evolución; pero lo más selecto del mundo masculino quedará entre las sutiles redes del espíritu de la mujer.



Y es que el espíritu que la vida moderna exige en ella logrará hasta la belleza. No una belleza hierática, plástica, fría, sino la belleza grácil de la armonía y el estilo.

La mujer se hará bella por selección, por inteligencia de lo que conviene a su tipo físico y a su alma.

Lo que vale en un sujeto es lo que este sujeto tiene de irremplazable.

Un cuerpo puede ser substituído; un alma no.

Y un alma femenina bella, es doblemente bella porque une la gracia a lo útil, lo frágil a lo severo, lo tierno y lo fino a lo sólido.

En el niño que piensa y obra como una persona mayor, sin afectación, se encuentra algo sublime, dulce, inefable.

Parece que la naturaleza se adelantara para realizar el milagro de escribir una sentencia en el pétalo blanco de una flor.

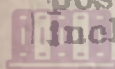
Y la mujer dulce, exquisita, íntima, que a sus condiciones naturales de mujer une las agregadas por lo más hondo y elevado del pensamiento, realiza un tipo femenino insubstituíble: el que ha de ser señor de la vida, como lo fué alguna vez la belleza plástica, exterior, decorativa.

En esta mujer, bella de alma y por gracia de la inteligencia bella de cuerpo, caben todas las libertades modernas.

Contenida por lo que el pensamiento claro le aporta, por la penetración sutil de la vida, por su conciencia cultivada, por la clarividencia de que las fuerzas morales registrarán siempre la vida, tendrá a mano su libertad sin denigrarla ni obscurecerla.

La belleza femenina subsiste pues, siempre, pero ha cambiado de forma.

La mujer más bella es hoy la que posee más alto, limpio y refinado espíritu, porque todo lo demás, ya en posesión del espíritu, se le somete: incluso la forma.



HUELLAS FEMINISTAS